



TOMO VII.--NÚM. 64.

ANUNCIOS: á precios convencionales  
Número suelto, un real.

REVISTA LITERARIA.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.  
Administracion, Lepanto 18.  
ORENSE.—VIERNES 5 DE DICIEMBRE DE 1879.

AÑO VI.--NÚM. 359.

SUSCRICION: 5 pts. trimestre  
en toda España.

SUMARIO.

Historia de un libro en folio contada en muy pocas líneas, por Jesus Muruais.—Sermon manchego y palabra de gallego, (cuento), por Ricardo Conde Salgado.—Rayo de sol, (poesia), por J. Muruais.—Miscelánea.—Ecos de Orense.—Anuncios

HISTORIA DE UN LIBRO EN FOLIO

contada en muy pocas líneas.

En 18... me hallaba recorriendo la parte central de Europa. Una recrudesencia de la terrible enfermedad de los viejos, la gota, me obligó á vivir durante tres meses en K... pueblecillo de Alemania de cuyas famosas aguas, esperaba el restablecimiento de mi quebrantada salud. Estábamos en pleno invierno; la triste vegetacion de aquel pais parecia menos triste á mis ojos, pues encontraba en aquella desolacion como una muestra de simpatia

de parte de la naturaleza hacia mis crueles padecimientos: el invierno de mi vida y el de la naturaleza de aquel pais, eran hermanos en el infortunio y se amaban por lo tanto. Por entre los girones de la matutina niebla que casi siempre envolvía las parduscas casas del pueblo, mi imaginacion creia distinguir la pálida fantasma de esa Alemania de la Edad Media, cuna de la caballeria y de la leyenda, que por un milagro del génio ha resucitado Schiller en nuestra época. Mi casa cuya arquitectura nada tenia de notable, estaba aislada del resto de la poblacion por un verde cinturón de álamos gigantes que inclinados sobre un pequeño arroyo parecían meditar sobre alguna balada de Goethe. Sitiado en mi reducida habitacion por la escarcha y la nieve, el único placer á que me entregaba, era el de conversar con algunos amigos viejos como yo, que se llamaban Horacio, Tibulo y Virgilio y que encerrados

en una maleta habian sido mis fieles compañeros de viaje. Un librero ambulante de las cercanías llegaba algunas veces hasta mi albergue y le compraba por algunos thalers todos los libros que formaban su pacotilla con una condicion; la de que esos libros, como él y como yo, fuesen viejos.

Una mañana, habia acercado mi sillón de ruedas á la ventana de mi aposento, por cuyos vidrios aun cubiertos de escarcha se deslizaba un amarillento rayo de sol que bañaba mis trémulas piernas sobre las que descansaba la perla de mis volúmenes, una edicion de Virgilio hecha en Colonia en 1454. Me ocupaba en saborear por la milésima vez *las erratas* de mi Virgilio, cuando del otro lado de la habitacion senti sonar los fuertes pasos de un hombre que se acercaba con rapidez. Los pasos se detuvieron á mi puerta y la voz, para mi tan conocida, del viejo librero se dejó oír exclamando:

—¿Me dais vuestro permiso?

—Adelante, grité á mi vez apresuradamente, porque esperaba al cabo de un mes que no le habia visto, que la cosecha fuera esta vez abundante. La puerta giró sobre sus goznes é instantaneamente la ávida expresion de gozo de mi fisonomia, se convirtió en un gesto de disgusto, y hasta casi de indignacion. El viejecillo traia las manos, las que se frotaba á guisa de hombre satisfecho, desvergonzadamente libres del mas pequeño peso. La enorme cartera en que encerraba sus libros pendia á su costado completamente vacia. Redobló mi extrañeza al notar en la mirada de sus ojillos grises, cierta expresion de dignidad ofendida y de elocuente reconvenccion por aquel gesto de que he hablado y que pareció no imponerse en lo mas íntimo.

Frantz, grité lleno de impaciencia; ¿os atreveis á presentaros delante de mí sin nada en vuestros bolsillos? ¿Qué! ¿Ni un miserable in 52º teneis que ofrecerme?

El viejo librero se limitó á sacar un gran pañuelo á cuadros con el cual enjugó su arrugada frente, que solo entonces observé que se encontraba bañada por un

abundante sudor. Solo despues de haberse guardado el pañuelo, fué coando me respondió con voz conmovida y con algo de sobrealiento.

—Sois un ingrato! He hecho acaso con mas buena voluntad que prudencia, una jornada de tres leguas á través de estos malditos bosques, por daros una noticia que estoy seguro de que ha de alhagar vuestro gusto favorito. M. Jacob, el bibliófilo mas nombrado de todos estos lugares, acaba de morir.

Su heredero, un rudo estudiante que no ama los libros, como á tantos estudiantes acontece, quiere realizar estos para comprar segun su expresion, tantos toneles de buena cerveza como volúmenes contiene la biblioteca de su tío, que serán próximamente unos diez y ocho mil. Ya veis que tendrá con que emborracharse todo el resto del invierno. Así pues, no tenemos tiempo que perder. Vos no podeis menearos á causa de la gota: pero yo conservo, por fortuna, bastante ágiles las piernas. Dadme, pues, algunos centenares de thalers y antes de la noche tendreis aquí una coleccion, de la que espero, añadió con la falsa modestia de un académico, que no quedareis del todo descontento. A fé de Frantz os juro...

No le dejé acabar; interrumpile alargándole mi bolsa precipitadamente: con no menor presteza salió de mi cuarto y un segundo despues le vi desde mi ventana alejarse á grandes pasos.

—¡Mas prisa! le grité con viveza.

Frantz Hermann dobló el paso.

Decir en medio de que ansiedad transcurrieron para mí las horas desde su partida; los obstáculos fantásticos que creaba mi imaginacion para que su empresa tuviera un éxito feliz, es cosa difícil y de lo que solo podrá formarse idea un bibliófilo de mi temple. Mi angustia tuvo término por fin. Vi primeramente su silueta confundida con el plomizo horizonte que se extendia á la lejos coloreado con las pálidas tintas que le prestaba un sol, que

moria de languidez, si es lícito expresarme así. Poco á poco fué tomando cuerpo la vision y apareció el buen hombre literalmente agobiado de libros de todos tamaños y colores. Olvidé mi gota y corrí á la escalera. Diez minutos despues, recogia ávidamente de sus enormes bolsillos, de su cartera y hasta de debajo de su hopalanda aquellos tesoros con tanta impaciencia esperados. Los examiné rápidamente; el buhonero de pié y apoyado en la barandilla de la escalera, esperaba con la conciencia orgullosamente tranquila el resultado de mis investigaciones. Al cabo de unos instantes, no pude contenerme y le estreché con efusion la mano depositando en ella un cierto número de monedas de oro. Mi hombre pareció conmoverse, no sé por cual de estos dos hechos, y se retiró haciéndome un respetuoso saludo. Volví en dos saltos á mi habitacion, contemplé, palpé, y besé con amoroso frenesí los volúmenes dando salvajes gritos de gozo á cada nuevo descubrimiento. De repente, de un volúmen en cuarto se desprendió un papel amarillento que recogí con curiosidad. A continuacion trascribo el manuscrito redactado en griego del tiempo de las Cruzadas y que se encabezaba así:

#### AL HEREDERO DE ESTE LIBRO.

Desciendo de la familia de bibliófilos mas ardientes de Alemania, el pais de los bibliómanos. No sé si en mis venas se ha inoculado algo del polvo de los libros en medio de los cuales he pasado mi niñez ó si la educacion recibida de mi padre, exactamente igual á la que este recibió de su abuelo, ha sido la causa determinante de la pasion insensata que desde mis mas tiernos años abrigó hácia esos objetos más ó ménos rectangulares y careomidos que se llaman libros viejos. Para daros un pequeño *specimen* de la educacion de que os hablo, voy á citaros algunos de los aforismos de que estaban sembradas las muestras de escritura, fragmentos del libro de memorias de mi padre, y que este me po-

nia á la vista cuando apenas yo contaba cinco años y hacia rayas mas ó menos rectas sobre un papel.

«En el fondo de todos los actos del hombre se encuentra siempre un libro. Al nacer, es inscrito su nombre en un *libro* y hasta entonces no nace civilmente. Al morir lo es en otro *libro* y hasta entonces tampoco ha muerto para la sociedad. La ambicion de una mitad de los hombres se reduce á tener numerosos asientos en el gran *libro* y la de la otra mitad se cifra en acertar con el resorte del *libro*... de las cuarenta hojas.

«La mujer es un *libro* que se aprecia únicamente por la encuadernacion. Algunas de estas encuadernaciones se pagan muy caras.»

«El hombre que se casa, se constituye en el editor responsable de los hijos de su mujer. A veces sucede que el autor y el editor responsable no son una misma persona. En tales casos, la edicion pudiera llamarse corregida y aumentada á *expensas del editor*.»

«Los numerosos vástagos de una de esas mujeres de milagrosa fecundidad, producto de una tirada permanente, constituyen lo que en términos del arte se llama *edicion estereotípica*.»

«La famosa alegoria del dragon que guardaba las manzanas de oro del jardin de las Hespérides, se inventó para señalar la aparicion del primer librero de viejo.»

«Yo conocí á un bibliotecario tan amigo de los libros que custodiaba, que los untaba cotidianamente con tocino para preservarlos, segun decia, de los ataques de los ratones. Despues he sabido que los bibliotecarios del mundo despliegan igual celo en el uso de sus funciones.»

«De un solo libro raro no consevo ejemplar alguno. Este libro, que es el *libro de*»

destino le conserva Dios cuidadosamente, de lo cual deduzco que Dios es bibliófilo tambien.»

JESUS MURUAIS.

(Continuará)

## SERMON MANCHEGO Y PALABRA DE GALLEGO.

(CUENTO.)

I.

Habia en la antigua y renombrada ciudad de Santiago de Galicia, al agonizar el siglo XVII, un rapazuelo como de doce á catorce años de edad, nacido en una aldea de aquellos contornos, tan espigado de talle como falto de fortuna, razon demás para que tuviese de menos el preciso alimento, por lo cual ganábalo al cuerpo y alma, á titulo de fámulo de un cura manchego por mas señas, y empleado en el coro de la catedral compostelana.

Pretendia el tal clérigo descender, sin duda para mas subir, de uno de los siete infantes de Lara, y por onde, firmábase con letras del tamaño de garbanzos castellanos, don Antonio Menendez Valdivieso de Lara Bustos y...., nada más.

No tanto por su amor á la prebenda, que era mucho, cuanto por el ódio á todo lo que gallego fuera, distinguíase el Lara ensotariado, apesar de vivir en Galicia por gusto y voluntad de sí propio, mas todo ello no le impedía el embaluarse á menudo, acaso por desquite, parte de los sabrosos frutos que produce aquella bendita tierra, tan escupida y maltrecha por los que no la conocen, como amada de sus honrados hijos. Por lo demás era el sotana hombre á todo amoldado, y bien pudiera de él decirse sin pecar «servia igualmente para un fregado que para un barrido,» pues lo mismo cantaba unos maitines á gañote limpio, ó largaba en los divinos oficios cada gallo que ni el de la Pasion, como aposentaba entre pecho y lomos un par de estos animales, con tomate, y dos ó tres azumbres del Rivero, por vias de remojo, que era lo que habia que ver, y no ver, empero cuando reposaba del hartazgo, y adormecía tan complidísimas monas.

A un lado con estas, al otro las comilonas y quedense allá otros defectos que so-

bre el ánimo del licenciado pesaban; era éste muy hombre, muy cabal y muy completo y nada le faltaba segun decia el ama que á estilo de las de su oficio tenia, la que así hablaba, porque sabido era que lo conocia: á mas sabia el público, al paso de los trapi-sondas del cura, que este habiase sorbido la Biblia, los Santos Padres, el Flos Sanctorum y otros librotos del caso, por lo que tenianlo todos en reputacion, si de fullero y malandrín, de docto y erudito, en cambio.

Ahora sabrán usarcedes, por si no lo sabian, que tenia el buen padre de almas, una sobrina llamada Beatriz, como de quince primaveras, fresca como una lechuga, colorada como un boton de rosa, con unos ojos una boca, un pecho, un cabello, un aquel... vamos, que era lo que se llama una real moza, digna de merecer la primera un «vaya usted con Dios, salero, un bendita sea la madre que la parió,» ó un favor de los que pare apuros se reservan los caritativos corazones. Pero, ya se vé: «como el diablo anda suelto» y «el fuego junto á la estopa etc.», y «á ric revuelto ganancia de pescadores,» y «y tal para cual,» y entiendanme usarcedes por si me esplico lo bastante, la muchacha que al cabo éralo y mucho, y muger por colmo, y con una sangre de pichon por lo roja y nada fria, y con unas voluntades de retozar que el alma asomábale á las narices por las vidrietas de sus ojos; y el rapaz susodicho, que gallego y todo, nada tenia de romo, y si ó agudo y barbi-lindo, y poco mas ó menos los mismos deseos que la otra, aprovechando las siestas del abad, el cual repulaba veras á las cuatro estaciones, tirábanse cuando solas se topaban por los corredores y escondrijos de la casa, cada pellizco el uno al otro que cantaba el credo, y era cosa de horripilarse, temiendo por sus carnes todavía tiernecitas, aunque despues reian la zalagarda y firmaban el tratado de paz, con sendos ósculos y apretones de manos.... ¡pobrecitos!!... como muchachos que eran, y sin saber de la misa la media..... y vamos andando.

Cerca de la morada del clérigo, habia de luengos tiempos atrás una castañera, la cual, llegada la cosecha, allí plantaba sus reales, por sacar algunos idem al prójimo á trueque de castañas asadas, con el mayor esmero, eso sí, que vendia á soldados, estudiantes y monagos, si clientes de costumbre, pagadores por ocasiones, y á retazos, y váyanse los dares por los tomars, que es lo mismo.

Era entre los últimos, uno de los que merecian la predileccion y el credito de la

tia Gabriela, (así se llamaba la castañera), nuestro Martín Carvajal (que este era el nombre del *galleguiño*).

Mas, que «no hay felicidad completa» y «donde menos se piensa salta la liebre,» es tan cierto, como aquello de que, «á cada puerco le llega su San Martín,» pues llegó un día para el *galleguiño* en que viéndose alcanzado en dos y medio ducados, que adeudaba de mucho había á la tía Gabriela, determinó renunciar á la consabida fruta, á pujos de esfuerzos inauditos, y hasta á seguir el camino de siempre, por miedo de no tropezar con la que no recordaba aquello del pan nuestro... *así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, por mas que bien gritaba al rezar para que la oyesen, el *perdonamos nuestras deudas*...

Para colmo de males, supo el abad lo de los pellizcos y mogigangas, sin duda por inspiracion de Dios, á cuyo divino señor cargábale el ama embuidora y traicionera la cuenta de tales chismes, y cátenlo usarcedes una mañana á Martín de Carvajal con tres lustros por delante, huérfano de dineros, amen de padre y madre, sabiendo ayudar á misa, despavilar candelas y tocar las castañuelas primorosamente por único dote, á mas de una buena dosis de gramática, no de Nebrija o castellana, sino *parda*, que tuviera la precaucion de estudiar en las calles y plazuelas, cosas éstas que, si mirándolo cuerdamente, nada le daban, tampoco nada le quitaban, porque mal se le pueden «pedir peras al olmo,» «ni pelos á un calvo.»

Mas, caminemos despacio, que «lo cortés no quita lo valiente,» y «no hay *pega* sin mancha negra.» Era el adolescente, como de tierra de Galicia, que lo es de leales, cacaballero en sus acciones, mal que le pesara al clérigo, que lo contrario creía, y á cuantos como él pensaren; así fué que antes de ausentarse á procurar fortuna, fuese á ver la castañera, y dijole estas palabras:—«Tía Gabriela, á la guerra me voy, dineros no gasto mas pagarle hé cuando sea capitán y los gane, y Dios la guarde.»

La acreedora que esto oyó, abrió los ojos en primer lugar como si viera ante sí un trago, ó un fantasma; en segundo abrió de un palmo la boca, para cerrarla despues, en tercero, y largarle una de denuestros maldiciones, que mejor parecia letania del infierno ó rehata de demonios, en cuarto tiróle el fuelle á los hocicos, en quinto la paleta, y en final, sábelo Dios como concluiría esto, si el buen Martín, viendo que hasta la hornilla y las tenazas empuñaba la implacable acreedora, por enviárselas á la cabeza, á

modo de ovacion de despedida, no tomase las de andana.—Mas era él un valiente muchacho, aunque mandrias hay en el mundo que creen no puede serlo un *gallego*.

Por lo mismo, fuese al rato á casa del amo, que no muy católico andaba con la cuenta de la sobrina, y cruzándosele por delante, le habló de esta suerte: «Padre, mal no os hice, bien os servi, pagado no me habeis, como no fuera con recortes de hostias, insultos y soplamocos ó con *gallego bruto* aquí, y *gallego puerto* acullá, apesar de que entre ellos lucio y cebon os amanceis día á día, de que flaco y ruin os vimos llegar de la Mancha, en un rucio mas flaco y descarnado todavia; pero mirad, palabra de gallego os doy, que no de un hombre maduro, pues niño soy y cumplirla he, rendirme habeis un día cuentas de lo que conmigo hicisteis, y libreme Dios de nunca olvidar las sagradas órdenes que os revisten, harto sé lo que se merecen.» Dando un cuarto de conversacion, ausentóse el ex-monago, dejando al abad medio confundido y echando espumarajos por aquella boca, mas parecida á olla de lejía, á juzgar por cuanto de ella iba saliendo, que un huevo á otro huevo; y ahora verás lector amigo, lo mejor de mi cuento, en otro capitulo.

RICARDO CONDE SALGADO.

(Conc'uri.)



## RAYO DE SOL.

### I.

Sin hojas están los árboles  
Sopla en las ramas el cierzo,  
Y se agitan á su impulso  
Como una legion de espectros.  
Ni una flor, ni un nido solo.  
Por todas partes silencio!  
No se escucha un canto de ave,  
Ni el zumbido de un insecto.  
Ni un ser que aliente. La tierra  
Ni aún palpita bajo el peso  
De la nieve que la cubre  
Como un sudario siniestro.?

### II.

Por entre las negras nubes,

Deslizase, amarillento,  
 Rompiendo la densa bruma  
 Un rayo de sol de invierno.  
 Sacude el ave dormida  
 Sus alas que aterió el hielo,  
 Y saluda al viejo amigo  
 Con balbuciente gorjeo.  
 Y en el campo antes tan mudo.  
 Suenan con alegres ecos.  
 De insectos, aves y ramas,  
 Susurros, trinos y arpegios.

## III.

El rayo de sol vacila  
 Y lucha por un momento  
 Con las nubes que le cercan,  
 Como pavoroso ejército.  
 Pasó ya. El ave calla,  
 Y guarecida en un hueco,  
 Mira las sombras que llegan  
 Con tembloroso aleteo.  
 La nieve es mas blanca entonces,  
 Y el horizonte mas negro:  
 Todo parece mas tarde  
 En la tierra y en el cielo.

## IV.

¡Piadoso rayo de sol,  
 Que descendiste á mi pecho,  
 Como al frio calabozo  
 De olvidado prisionero:  
 Ya que las brumas del alma  
 Disiparon tus reflejos,  
 Y el corazon moribundo  
 Volvió á palpar de nuevo,  
 No huyas, por Dios, que fuera.  
 Mas atroz mi sufrimiento,  
 Añadiendo á mis dolores  
 El dolor de tu recuerdo!

JESUS MURUAIS..

—  
 —  
 —

MISCELANEA.

—

Leo en el *Faro de Vigo*:  
 «Yo no se como *Jorge* tiene aun *orejas*,

porque son tantos los *tirones* que le dan los *puntos* de *Crense*, que es un verdadero milagro el no estar desorejado.

Se me figura que EL HERALDO, apesar de sus *suinetes*, no logrará su objeto.

Ahi lo que hace falta, es el *brazo secular* de la policia.

O la *pata prehistórica* de *Canta-claro*.

Lo mismo dá.»

La pata... ¿eh?

¡Ya la has metido!

Yo siento que el *Faro* no acabe de acostumbrarse á la frase *brazo secular* que tantas veces le hemos repetido con objeto de ver si la entendia, lo que desgraciadamente no hemos podido lograr aun.

Prueba de ello es el suelto que arriba copiamos en que el colega de los *farismos* confunde lastimosamente el sentido en que está aplicada la palabra *secular*.

Si el *Faro* nos lo permite, le explicaremos brevemente el verdadero sentido de la tal palabrita.

—

*Un tal Cervantes*, cuyo nombre nada tiene de extraño que no conozca el *Faro*, escribió un libro titulado *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, que tampoco extrañaremos no haya leído el apreciable colega. En uno de los capitulos de dicho libro hay un cura que, viendo que la locura de D. Quijote dependía de la lectura de libros de caballerias—y no eche esto á mala parte el *Faro*—determinó hacer un minucioso escrutinio en la libreria del manchego hidalgo, lo que llevó á cabo entregando los libros despues de un prévio reconocimiento «al *brazo secular* del ama» como textualmente dice Cervantes: que es como si dijéramos que el *eclesiástico* entregaba los libros para ser quemados á la justicia civil. Esto mismo hacia la Inquisicion con sus reos: entregarlos despues de sentenciados al *brazo secular*, esto es, á la justicia ordinaria, procedimiento inquisitorial por medio del que se queria hacer irresponsable á la iglesia de los crueles castigos que imponia.

Recordando estos hechos del Santo Oficio llamó Cervantes *brazo secular* al del ama, y nosotros parodiando al príncipe de los ingenios,—con permiso del colega—entregamos tambien al *brazo secular* del sentido comun, los continuos disparates del *Faro de Vigo*.

—

Despues de esta explicacion que nos tomamos la libertad de hacer al colega, com-

prenderá este que no hemos tomado la palabra *secular* en el concepto de cosa que dura muchos años, sino sencillamente como sinónimo de *seglar*; y hubiera caído el colega en la cuenta con la sola lectura del Diccionario, ya que á pesar de su edad avanzada, aun no se le ocurrió leer las donosas aventuras del ingenioso hidalgo.

—  
¿Nos devolverá nuevamente el *Faro* la tan repetida frase? ¿Volverá á hablarnos de patas prehistóricas, confundiendo la significación de ambas palabras?

No lo sabemos. En todo caso, no tendremos que hacer más que entregar todos sus disparates al brazo secular del sentido comun.

..

La viruela en Orense, durante el año de 1879 ha reinado endémicamente, sin que las diversas vicisitudes estacionales hayan modificado sus estragos, presentándose de igual manera y en idénticas formas, lo mismo en primavera que en estío, y en otoño como en el invierno.

Las defunciones ocasionadas por este concepto han sido inmensas, basta para convencerse de esta triste verdad, echar una ojeada por el departamento que tienen los niños en el cementerio de esta población, cuya aglomeración de tablillas numéricas, admira y sorprende.

Los adultos no estuvieron exentos de la invasión, puesto que muchos de ellos fueron atacados y el mayor número sucumbió á su acción.

A pesar de estas tendencias ostensibles y de la gran mortalidad que se observó durante el presente año, cuya cifra sería más que notable si se llevase á cabo una verdadera estadística, las Juntas provinciales de Sanidad y la Municipal no adoptaron medida alguna general, al menos que llegase á nuestro conocimiento, lo que constituye un abandono que no tratamos de calificar, por cuanto el por sí solo revela lo bien atendida que está nuestra salubridad é higiene públicas.

La vacunación en esta provincia, ó no se efectúa ó se hace de un modo imperfecto y como para llenar un mandato ó fórmula autoritativa, por eso sus resultados son siempre nulos ó poco más.

Como una comprobación de lo expuesto y de que la viruela no puede disminuir sino con los preceptos higiénicos y la vacunación, citaremos un estado de las defunciones oca-

sionadas en Suecia durante unos decenarios, que tomamos del Monitor.

«En Suecia lo mismo que en todas las naciones de Europa, la viruela no ha cesado enteramente después de la vacuna; pero, sin embargo, desde entonces se va disminuyendo el número de variolosos y sobre todo el de defunciones por causa de la viruela.

»He aquí unos cuantos datos oficiales que lo comprueban:

De 1774 á 1778	murieron	13.993	variolosos.
» 1779 á 1783	»	26.358	»
» 1784 á 1788	»	25.434	»
» 1789 á 1793	»	29.800	»
» 1794 á 1798	»	18.297	»
» 1799 á 1803	»	24.824	»
» 1804 á 1808	»	7.975	»
» 1809 á 1813	»	4.877	»
» 1814 á 1818	»	2.017	»
» 1819 á 1823	»	364	»

«La elocuencia de estos guarismos es tan irresistible como consolatoria.»

Hechos de esta naturaleza en los que se refleja clara y precisamente las ventajas de la profilaxia moderna como la vacunación; de la buena salubridad pública, demostrada por el interés sanitario de aquella comarca; vienen á poner más de relieve la gran apatía de nuestros Gobiernos y sus delegados.

Las Estadísticas médicas, Sanitarias é higiénicas, son siempre un gran elemento de administración y buen gobierno.

..

En una reunión de literatos de la corte se ha leído un drama en tres actos y en verso, original de nuestro paisano D. Augusto Mosquera, hijo del ex-ministro del mismo apellido.

Según parece, la obra ha sido admitida por la empresa del Teatro Español.

..

Leemos en *El Anunciador* de Pontevedra:

«Empieza á molestarnos un poco la ceguera de D. Valentin, y es fácil que le enseñemos á ser prudente, ya que no es posible curarle de aquella enfermedad.

Dice ese señor en el último número de *EL HERALDO*:

«*El Anunciador* de Pontevedra refiriéndose á la *sentencia* dada en el *proceso literario* consabido, dice que desconoce nuestros títulos.

Sepa el estimado colega, que lo adecua-

mos á las circunstancias, y las presentes no son muy apropósito para tratar las cuestiones en serio, porque observamos con honda pena que la calumnia es el arma á que apelan muchos para conseguir la derrota de los que creen contrarios, arma que no figura en nuestro arsenal y que no sabemos esgrimir.

Por nuestra parte queda terminado el incidente.»

Nuestros lectores saben perfectamente que *El Anunciador* dijo: «Es preciso saber si EL HERALDO tiene la obra de Janin, pues sino la tiene, habla de lo que no sabe, segun el Sr. Muruais, y su sentencia es nula.» ¿Es esto pedir títulos al Sr. D. Valentin? ¿Es esto negar su competencia ni ponerla en duda siquiera? Si el Director de EL HERALDO no sabe leer, no se meta á dirigir periódicos; y de ese modo, ni ofenderá á los demás con sus insolencias, ni nosotros tendremos el disgusto de tratarle con la severidad que merece. Y basta de réplicas.»

A nosotros nos sucede lo contrario que al *Anunciador* de Pontevedra.

Antes bien, mas que molestarnos nos divierte la pequeñez de cuerpo y alma del Sr. Armesto.

Diga, pues, cuanto quiera D. Indalecio: muerda, arañe, insulte á su placer siempre que se le suba la metafísica á la cabeza, aunque no sea el mejor modo de enseñarnos á ser prudentes. (¡¡El!!)—Hable cuanto quiera de cegueras, aquel á quien no hemos querido mortificar con algun refrán de nuestro país, que le sienta como anillo al dedo. Desahóguese de la bilis que rebesa en el reducido receptáculo de su cuerpo y desbordada sale de la boca solo avezada á vomitar injurias. Todo esto lo repetimos nos divierte en extremo: mas aun, nos complace estudiar á fondo estos fenómenos psicológicos tan poco comunes afortunadamente en la humanidad.

Siga pues D. Indalecio.

Cuando nos cansemos, ya sabremos hacerle cesar en su injuriosa charla.

A falta de otro procedimiento acaso podríamos emplear el de los chicos con los juguetes que les cansan.

### ECOS DE ORENSE.

Una carta que nos han dirigido de la Cañiza queda de manifiesto en nuestra Re-

daccion para que se vean y puedan examinarse los misterios del servicio del ramo de Correos. Tiene el sello de la Administracion de la Cañiza con fecha 19 de Noviembre y el de la Administracion de Orense con fecha 24, dia en que llegó á nuestro poder. ¡Cinco dias para recorrer un trayecto de diez léguas, cuando debiera hallarse aqui al siguiente dia de ser depositada en el buzón! ¿Por dónde andaría la dichosa carta?

Este retraso ocasionó graves perjuicios á un pobre necesitado que nos reclamaba un servicio para el dia 21.

Pasados ocho dias remitiremos este curiosísimo ejemplar al Sr. Director general de Correos, para su satisfaccion y efectos consiguientes.

El Presidente de la Seccion Lirico-dramática del Liceo, nos ha remitido una cuenta detallada de los gastos é ingresos de la funcion dada en el Teatro á beneficio de los habitantes de las provincias inundadas. La recaudacion ascendió á 2.441 rs. y los gastos á 1.017'50 rs. quedando un producto liquido de 1.423'50 que fueron depositados oportunamente en la Delegacion del Banco de España.

El Iltre. Ayuntamiento de esta capital, observando que apesar de la depreciacion que tiene el ganado en los mercados, los tablajeros de esta ciudad no rebajan el precio de la carne, acordó habilitar un local en donde se instalarán otros que la expenderán al público á precio más módico.

Aplaudimos la determinacion, por que proporciona una economía al público y evita el escandaloso monopolio que venian ejerciendo los tablajeros.

Terminadas las elecciones provinciales, resultó electo Diputado por este distrito el Sr. D. José Miranda Altamirano, quien no debe estar satisfecho de la votacion, casi nula á consecuencia del general retraimiento de los electores.

La Excm. Diputacion de esta provincia para solemnizar el matrimonio regio, acordó distribuir ropas y mantas entre los pobres.